

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 109



El agitador

I

—Pero ven acá, Leopoldo, tú ¿cuándo piensas dejar esa vida aventurera que hace años me tiene tan disgustada?

—¿Te falta dinero, te faltan comodidades?... ¿Por qué te quejas?

—Ni me falta dinero ni comodidades porque tú siempre cariñoso con tu mujer, todo me lo proporcionas, pero vivo inquieto por tu pervenir, por el nuestro con esa vida de revolucionario que gastas siempre, codeándote con lo más bajo y más perdido de las gentes.

—Son compromisos adquiridos de los que no me puedo desligar fácilmente; por ellos gano el modo de traerte á ti como á la mejor señora. Por ellos y sólo por ellos, en la política se me admite y se me teme.

—Si quisieras tener en cuenta los consejos de mi hermano el Prior, mejor nos fuera.

—Tu hermano el Prior es un santo y un sabio á quien venero y admiro, más... imposible... no puedo seguirlos por ahora... compadécete y pide mucho por mí, quién sabe si algún día... volveré á ser bueno, según el *argot* católico...

—¿Por Dios y por mí, Leopoldo!

—Si, si... hasta luego; hoy tengo mucha prisa... me esperan ellos...

—¡¡Ellos!!... Tus mayores enemigos.

II

—Es preciso que el *golpe* resulte bien dado, es indispensable que no quede ningún cabo por amarrar, ninguna lista de nombres que comprometa, ni ningún otro documento de importancia, y sobre todo, es de rigor, que yo no aparezca comprometido en la intentona, pues si algo perdería yo, más perderíais vosotros. A mí me salvan los amigos políticos y más que éstos la inviolabilidad de diputado; á vosotros no os salva ni la *paz y caridad*. Con que ¡mucho ojo!

—Todo está convenientemente preparado, sin compromisos de importancia para los directores del movimiento.

Las *masas*, nuestras *masas* lo harán todo. Las juntas preparatorias que hemos tenido á fin de enardecer los ánimos y de decidir á los poco atrevidos, verá V. cómo nos traen resultados excelentes.

—Qué ni un momento dejen los *borregos* de obedecer á sus respectivos guías, no vayan á ir más allá de lo marcado. Fuego á los conventos, asalto á las iglesias de frailes y demás *clerigalla*, pero cuidado con ir más allá; nos pudiera perjudicar. El ataque á las cosas de la religión se perdona fácilmente, el ataque á las cosas de la política, lo sé por experiencia, trae graves contratiempos...

—No haremos más que atenernos á lo ordenado por V...

—Por mí no, por la Sociedad X... Yo soy un mandatario. ¡Ea! basta, ya, ¡A la lucha!

Seguramente que de positivo no han de conseguir nada esos desgraciados, como no sea alguna *caricia* de la fuerza armada y alguna otra cosa que puedan apropiarse en sus ansias de robo y pillaje.

Nosotros... conseguiremos la suma estipulada, el hacernos valer más entre los habiccas políticos y al mismo tiempo saciar el odio que sentimos por esos malditos religiosos que con su vida de virtud y saber, desacreditan demasiado la nuestra de vicios y mentiras, hay que reconocerlo.

III

...Incendios...saqueos...profanaciones... sacrilegios y blasfemias horribles... asesinatos... luchas fratricidas... carnicería espantosa por la metralla... procesos... fusilamientos... familias hambrientas deshechas y deshonradas...

El demonio del exterminio quedó horrorizado de lo que es capaz la bestia humana.

IV

Han pasado algunos años.

Ya nadie se acuerda de aquella hecatombe de refinada crueldad.

Los agitadores, por maldad propia y asalariados, siguen preparando nuevos desastres.

La prensa sectaria continúa en su labor de ayuda al mismo fin sin que nadie le vaya á la mano, antes al contrario siendo secundada por personas *ordenadas*.

Más Leopoldo no aparece ahora en escena; ¿qué ha sido de él? ¿se habrá enriquecido lo bastante para satisfacer sus ambiciones, retirándose á una vida *honrada*? Quizás estará en algún presidio pagando las muchas que hizo, ó moriría como un *héroe* al frente de sus huestes?

No, Leopoldo vive, pero ya no puede engañar á nadie, ya terminó de hacer desgraciados, de preparar criminales y coartadas. Leopoldo vegeta hoy en un manicomio, no con esa locura que hace felices, si así podemos decir, á sus víctimas haciéndolas creer que han entrado en la posesión real de sus deseos, como esos que vemos echándose de reyes, de inmortales á quienes todo el mundo rinde homenaje.

Leopoldo tiene la locura del terror. En todas partes y á todas horas se le figura que le asesinan y que, muerto ya, Dios, ese Dios en el que aparentaba no creer, le juzga severísimamente por sus maldades condenándole á ser víctima eterna de sus víctimas...

Oigámosle;

«¡¡Perdón!!... ¡¡perdón!!... no me matéis... si... si... yo os he perdido á todos... pero... no me matéis... ¡ja, ja, ja! y qué daño me hace vuestro cuchillo... ya... ya llega al corazón... qué frío...

Oh, Dios Juzgador, qué rostro tan terrible el vuestro... ¡perdón!... Esos... esos... son todos los que fueron á la muerte por mi causa... los que perdieron sus almas por mi causa. ¡Cuántos son y cómo pesan sobre mi cuerpo... sobra mi alma... ¡ja, ja, ja...!

¡¡Me ahogo!! ¡Un poco de aire! ¡Un poco de agua!! ¡No!... sangre para beber no!!... ¡¡Fuego??... tampoco!!... ¡Dios grande, Dios eterno! ¡y así siempre, siempre?... ¡Horror!! ¡Maldito todo!... ¡¡Maldito!!...»

Y ¡así siempre! gritando y corriendo, presa del más horrible miedo, anda el pobre Leopoldo por su celda, sin que amigos con caricias, ni los loqueros con sus energías puedan conseguir otra cosa de él.

A la esposa de Leopoldo la mató el dolor.

¡Terrible debe ser el castigo en la otra vida para los que en ésta se dedican á perder las almas!

Tiemblen los propagandistas sectarios.

J. O. F.

Los conventos

A título de preciosa confesión y por ser muy de actualidad, insertamos hoy el presente artículo del autor de «Los Miserables», haciendo las salvedades

que son precisas respecto de algunas frases en que descubre algo de su carácter heterodoxo y sectario.

«Unos hombres se reúnen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

Y en su casa ¿qué hacen?

Hablan en voz baja; bajan los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, á la vida de las grandes poblaciones, á la sensualidad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo, al interés.

Van vestidos de tosco paño ó tosca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí por que lo que tiene lo da á todos. El que era lo que se llama noble caballero y señor, es igual al que se llama villano.

La celda es igual para todos. Todos pasan por la misma tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco á la espalda, la misma correa á la cintura. Si determinan ir descalzos todos van descalzos. Entre ellos habrá un príncipe; pero este príncipe será una sombra como los demás. Allí no hay títulos; hasta los apellidos de familia desaparecen: sólo son conocidos por el nombre. Todos están encorvados bajo la igualdad del nombre del bautismo. Han disuelto la familia carnal, y constituido en su comunidad una familia espiritual. Los parientes son todos los hombres, socorren á los pobres, y cuidan á los enfermos: eligen aquellos á quienes han de prestar obediencia y unos á otros se llaman hermanos.

Aquí me interrumpen diciendo:

—¡Pero eso es el convento ideal!

—Basta que sea posible, para que sea el que debe considerarse,

Prescindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestión histórica y política; considerando esta cuestión desde el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante y con la condición de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria, y sólo entren en ella los que tengan vocación, miraré siempre las comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad hay asociación, donde hay asociación hay derecho.

¡El monasterio es el producto de la fórmula igualdad, fraternidad!

¡Oh! ¡Qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas transfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Digamos aún algunas palabras.

Culpamos á una religión cuando está saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual cuando se opone á lo temporal; pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludamos al que se arrodilla.

La fe es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

El hombre no está desocupado cuando se extasia, porque hay trabajo visible é invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es hacer. Los brazos cruzados, trabajan; las manos juntas hacen. La mirada que se dirige al cielo es una obra.

Thales estuvo cuatro años inmóvil.

Thales fundó la filosofía.

Para nosotros, los cenobitas no son ociosos, los solitarios, no son holgazanes, Pensar en la sombra es cosa grave.

Sin debilitar en nada lo que hemos dicho, creemos conviene á los vivos el perpétuo recuerdo de la tumba; y en este punto, el sacerdote y el filósofo están de acuerdo; «Morir tenemos», el fundador de la Trapa contestó á Horacio.

—No hay quizás cosa más sublime que la que hacen esos seres.

Y añadimos:

—No hay quizá trabajo más útil.

Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca...

Victor Hugo

El realismo

Deja tus alas reposar, Liseno,
si del aplauso público te curas;
ya no crece el laurel en las alturas,
sino en los charcos, entre sangre y cieno.

Ya no se vuela en el azul sereno,
ya no se bebe en las corrientes puras:
de pasto vil, el vulgo quiere harturas,
y no hay siquiera que dorarle el heno.

Vístele al adulterio nuevas galas;
ennoblece con pluma lisonjera
la orgía torpe, el robo, el homicidio.

Para esto, ¡vive Dios! sobran las alas,
pues el arte ha plantado su bandera
entre el burdel, la fonda y el presidio.

C. SUAREZ BRAVO

NOTICIAS Y COMENTARIOS

DE LO DE BARCELONA

Es curiosa la siguiente nota que traducimos de «La Veu de Catalunya».

«Cuando en el Paralelo se sucedían los cañonazos y las descargas de fusilería, vióse por allí arrinconada á una pareja de criaturitas, expuestas á ser acribilladas á balazos.

Acercóseles la fuerza pública y les preguntó por qué no se iban á su casa.

—En casa no hay nadie.

—¿Dónde están, pues, vuestros padres?

—Quemando conventos.

Las criaturas miraban azoradas á los guardias y no se movían.

—¿Qué teneis?

—Hambre.

—¡Há vuestras casas y allí comereis.

—No comemos en casa.

—¿Pues dónde comeis?

—En el convento de las monjas de la calle de Aldama.

—¡¡.....!!

De «La Hormiga de Oro»:

«Cuando los sediciosos realizaban su vandálico propósito en el Convento de las Adoratrices, sito en la calle de Casanova, penetraron dos de ellos en el interior á tiempo que llegaron cuatro guardias civiles al mando de un oficial.

La superiora, alma noble y generosa, hizo comprender á la fuerza pública que aquellos dos hombres eran unos vecinos que se habían presentado en auxilio de las Madres y para sofocar el fuego, y aprovechando un momento, la buena de la superiora les facilitó algún dinero y les dió vino *por su noble proceder* y les proporcionó la huida.»

Refieren otros varios periódicos de Barcelona que entre los asaltantes á los conventos veíanse muchos pobres de los que diariamente acudían á los frailes por la limosna; á mujeres que habían sido atendidas gratuitamente durante sus enfermedades, por las Asuncionistas y á obreros cuyos hijos se alimentan é instruyen con los religiosos...

CASTIGO PROVIDENCIAL

Tomamos de «La Cruz», de Tarragona:

«Tenemos á la vista una carta escrita por una Religiosa, hija de una distinguida familia, residente en Manresa, en la que leemos un suceso verdaderamente providencial, acaecido con ocasión de las profanaciones y sacrilegios á que también en aquella ciudad se entregaron las turbas en los días de la semana sangrienta.

»En dos de las tres iglesias que saquearon y quemaron fué objeto de particulares agravios el Santísimo Sacramento. Arrojaron una de las Formas al suelo y la pisotearon con rabia, junto con los vasos sagrados, mientras que en otra las comieron sacrílegamente.

»Un chiquillo que se entregaba á esta incalificable profanación, decía entretanto:

»—Si está Dios en la Hostia quiero ver lo que me pasará.

»Al poco rato una bala le atravesaba la garganta, y fué tal el furor que se apoderó de él, que á pesar de la herida y de sus pocos años no bastaron tres hombres á sujetarle. Murió luego en el Hospital donde se hallaba la citada Religiosa.»

LA MADRE DEL CORDERO

El «Diario de Barcelona» ha publicado un sensacional artículo señalando á la masonería internacional como organizadora de las recientes salvajadas. Sabido es que Lerroux es uno de los más conspicuos cofrades del mandil y como tal acaba de retratarse en América con los masones de una de las logias donde habló.

El día 14 llegó al puerto de las Palmas en su viaje de regreso; pero enterado del estado de Barcelona, juzgó más prudente alargar su viaje hasta Londres, de donde regresará cuando le convenga.

Por tratarse de una apreciable y distinguida señorita, suscriptora de EL AMIGO DEL POBRE copiamos con gusto lo siguiente que leemos en la «Semana Católica», de Madrid:

DIGNO DE IMITARSE.—Gracias á la industriosa caridad de la ilustre dama la señori-

ta doña Dolores de Pidal, que movida á compasión por los pobrecitos niños enfermos ha interesado á otras ilustres damas para que con ella cooperasen á los gastos necesarios, los niños raquíticos y escrofulosos del Asilo de San Rafael, de esta corte, paseo de las Acacias, número 6, van á tomar los baños de mar á las playas de Valencia.

Acompañados del Rdo. P. Bartolomé y de su maestro el Hermano Bienvenido Moreno han salido para dicho punto.

¡Quiera el Señor que esta semilla que por primera vez se ha derriamado en los penélicos terrenos de este humilde Asilo, sea pronóstico de más óptimos frutos para los años venideros!

EL R. P. BUSTILLO.—En la casa de nuestro queridísimo amigo y entusiasta propagador de EL AMIGO DEL POBRE, D. Lucas Villa, hemos tenido el gusto de saludar al R. P. Bustillo, verdadera providencia de los pobres indios y españoles indigentes que residen en Orizaba, Méjico, donde tiene acogidos más de 1,400 niños pobres y enfermos, cuya educación, vestido, alimentos y medicinas corren á cargo de este apostol de la caridad cristiana; de este Misionero que trae cerca de los reyes españoles una misión episcopal que cumplir, para reintegrarse después á la dirección de tan benéfico establecimiento mejicano.

CHARLA

—Eres puntual á la cita.

—Soy esclavo de mi palabra.

—Cuando la palabra sea buena ó para cosa buena.

—Por supuesto. ¿Y qué, vamos hoy por fin?

—Yalo creo que sí; empecemos la peregrinación por este acaudalado de ahí enfrente, hombre que para librarse de las emociones del negocio y de los disgustos que trae el pelear con obreros en industrias, se ha concretado á *vivir del cupón*.

—¡Feliz mortal!

—Si ¿eh?

—«¡Maldición! ni que uno lo hubiera robado! Pues no me causa pocas inquietudes ese dichoso *papel*.

Primero vino aquel Villaverde, que Dios haya confundido, cargándonos con contribución, amenguándonos con ello el interés del capital, y ahora oigo decir que está el conflicto político para estallar de un día á otro y con ello tendremos otra baja enorme, como aquella de la revolución en que mis padres poco menos que se arruinaron... ¡Ni que lo hubiésemos robado! Pero ¿qué tendrá que ver nuestro dinero con las ambiciones de todos esos políticos bandidos? ¡Qué afán á *mordernos* el capital!

—«Cálmate, hombre, cálmate; después de todo, puede que la cosa que se anuncia no sea nada.

—Mira, tú cállate, que cuando el río suena agua lleva, con tal que á ti no te falte para trapos de vestir y abonos al teatro date por contenta.

—Bien sabes que me voy reduciendo por darte gusto.

—Por darme gusto no, para ir trampeando, porque la vida es cada vez más endemoniada.

—Ya días que estás muy excitado y vas á ponerte malo como la otra vez.

—Valía más vivir sin nada ó matarse.

—¡Jesús, Jesús, qué loco te pones! ¡maldito dinero!

—Si, maldito dinero y maldita política....»

—Yo digo que éste es un borrico. ¡Inquietarse por lo porvenir, cuando al presente nada le pasaba!...

—El dinero lleva consigo siempre muchos y graves cuidados, ya te lo dije el otro día.

—Si estuviera metido en algún negocio que le distrajera no se daría á tales pensamientos.

—Vamos á ver un negociante atamado y con buena *cuenta corriente* en el Banco.

—Ya verá V. ese cómo es otra cosa.

—«La competencia de ese colega me va acercando á una situación crítica; llevo hechos ya muchos desembolsos, vendo hasta con pérdida y ni por esas, y para ayuda de males los obreros cada vez más exigentes; no se puede con ellos. Imposible, imposible la vida en estas condiciones; voy á realizar todas las existencias y me concretaré á *vivir del cupón* con lo que me quede, si me queda algo. Si no me queda nada entonces... solución radical, por que á la pobreza, decorosamente no se puede descender por lo que me pego un tiro y todo se acabó. El que venga detrás que arree. La familia que se ingenie y trague furia como yo ahora, que tengo que hacerme el que no me dá más y la procesión anda por dentro. ¡Qué feliz era yo cuando estaba en aquel taller de D. Fernando como simple oficial!...»

—Claro... sí.. esto suele pasar á los comerciantes en grande. Vayamos á uno de esos modestitos que sin ser ricos le andan cerca.

—Vaya, parece que empiezas á comprender que en las altas esferas del capital no mora la felicidad. ¿Unquero que quedas mejor convencido; vamos á ver á un aristócrata de esos que están siempre rodeados de honores y agasajos.

—¡Iremos así ó de frac y chistera?

—¡No ves que no nos hacemos visibles para mejor sorprenderlos en su *estado natural*?

—Bien, bien, pues ¡arza!

—«¡Qué horrible es sostener el rango de clase, la prosapia de los pergaminos sin el oro suficiente y siempre con el prestamista delante; y qué aburrido es también no poder ser libre para ir donde uno quiera sin escolta, adulones ni pedigüeños. ¡Uf, cómo sofoca esto! Dichoso el pobre que vive de un jornalito y que lo gasta cómo y donde le parece, sólo ó acompañado! La verdad es que *pesan más los blasones que la piqueta del jornalero*.

Le tengo una envidia atroz, pero cómo descender tan bajo, qué dirán de mí. ¡Qué esclavitud!..»

—Aquí vive el rico más feliz, según tú. Entremos.

—Entremos.

«Verdad es que todos en mi casa rebosan salud. Verdad es que mi capital está libre de sobresaltos, pero... ¡ah, si algunos supieran!... Si mi esposa y mis hijos supieran lo que hice por verlos bien á ellos!...

Mi capital no me pertenece, pertenece á otros... que yo supe arreglar muy bien la trampa;... el dinero que poseo es de aquellos que me ayudaron á encumbrarme y que yo pagué con la más negra ingratitud, con el crimen más horripilante que pensar se puede...

Doy muchas limosnas, pero esta conciencia ¡esta conciencia! no me deja ser feliz. Una vez me dijo el confesor que había que restituir... no he vuelto más á confesarme... ¡Maldito dinero!...»

—¿Has oído bien?

—Estoy asustado.

—Vamos ahora á tu rico *modestito*.

—¿Quién fuera aquel señor que va en tan lujoso automóvil...

—«Adios, amigo. Dichoso tú que puedes andar por tus pies. Yo ya lo ves por la endemoniada *gota*, tengo que andar siempre en esta máquina infernal á disposición del *chauffeur* si quiero distraerme algo.»

—¿Envidias ahora al del automóvil?

—¿Qué he de envidiar!

—«Mira, mujer, tú te estás haciendo insoportable desde que en mal hora nos tocaron de la herencia de tu tío las 30.000 pesetas. Quieres vivir y alternar como si tuviéramos 30.000 duros y eso no puede ser.

—Porque eres un avaro, que todo me lo escatimas.

—Bien sabes que no es así, pero el capital va de baja y necesito advertirtelo.

—Pues yo no puedo ir de baja. ¿Qué dirían mis amigas y conocidas? Vergüenza me da de pensarlo.

—¿Por qué no te metes en negocios productivos ó juegas á la Bolsa?

—Todo está malo mujer, hay una crisis espantosa. Tú ves que trabajo mucho y que no encuentro la debida compensación,

—Ingéniate. Yo no pierdo ni el abono en el teatro ni nada.

—Vamos á la ruina...

—Me importa poco. Eres un roncón y un miserable...

¡¡Paff...!!

—¡Canalla! Pegarme de ese modo ¡Lo que nunca hiciste!

—Quien debe ser feliz es don Indalecio, rico y sin tener que dar á nadie cuenta de sus acciones.

—Ese está rabiando por vivir con familia, pero no se atreve porque cree que solo le han de querer por el interés. Así que se aburre solo.

—Descendamos, entonces. Ya veo que en el dinero no está la felicidad.

Donde debe de estar es en esos que viven sin las trabas de la Religión, haciendo lo que les acomode.

—Si ¿eh? Vamos á verlo. Ahi tienes á tu compañero Rosendo con buen jornal y sin idea ninguna religiosa. Oyele.

«Maldita sea la hora en que nací. Pero yo ¿por qué tengo de sufrir estas calamidades? ¿Porqué no he de gozar como goza el imbécil de ese palacio? ¿Qué va de hombre á hombre? Todos, todos iguales ¡me... c.... en....»

—¿Es feliz tu compañero?

—Siempre está así.

—El que no cree no se resigna por ninguna contrariedad y como el mundo está lleno de ellas; de aquí que siempre anden de mal humor los incrédulos.

Ahora verás dónde se halla esa felicidad que en este valle de lágrimas puede disfrutarse.

«Mire V. yo vivo perfectamente feliz con mi jornalito que pido á Dios nunca me falte; con mi mujercita tan buena y con mis tres hijitos más hermosos y listos que tres soles. Vengo de mi trabajo, cenamos nuestras patatitas en amor y alegría, nos divertimos un poco con los niños y á dormir á pierna suelta. Nada más nos preocupa, ni nada nos puede llevar quien nos envidie, porque nada tenemos.

—¿Y si le viniera alguna contrariedad?

—Cuando vienen, que ya tienen venido, los tomamos como enviadas por Aquel que nos ama más que nadie. Pues no faltaría más.

—¿Nunca están ustedes tristes?

—No debemos estarlo, sabiendo como sabemos que hay una Providencia que vela por los pobres.»

—¿Qué te ha parecido la peregrinación?

—De efectos saludables para mi modo de pensar. Tanto que de hoy en adelante me consideraré muy dichoso en mi oficio de carpintero.

—Y más si tienes presente aquellas palabras de N. S. Jesucristo: «BIEN-AVENTURADOS LOS POBRES».

Heróicos sacerdotes

Desde los primeros días de la guerra que en Melilla sostiene la madre España contra los salvajes y fanáticos rifeños, vienen distinguiéndose por su cristiano y sereno valor y ardiente patriotismo los Capellanes Castrenses, que despreciando su propia vida para ejercer su sagrado ministerio sobre los mismos campos de batalla, auxilian, confortan y á veces acaudillan á nuestros valerosos soldados. ¡Toda la Prensa está dando testimonio de estos admirables hechos de nuestros virtuosos, abnegados y heróicos sacerdotes, que sirven á Dios y á su Patria en la noble y heróica milicia española.

Casi ha transcurrido ya un mes, desde que la Prensa (y citamos «La Corres-

pondencia», en donde lo hemos leído), publicó merecidas alabanzas por el comportamiento de los Sres. Capellanes Castrenses D. Ramón Olalla, D. Fernando Solanilla y D. Alejo Fernández; de éste refiere que con una serenidad maravillosa, sin cuidarse para nada de los proyectiles que á su alrededor y en todas direcciones silbaban anunciando la muerte, recorría intrépido la primera línea de fuego, recogía los heridos y los ayudaba á retirarse del combate ó administraba los auxilios espirituales á los que por la gravedad suma de su estado no podían moverse ni aun con ayuda ajena.

Pues he aquí otro ejemplo, para gloria de la religión, de la venerable clase sacerdotal y más en particular del clero Castrense:

«D. Jesús Moreno Albaro, capellán párroco castrense del batallón de Cazadores de las Navas número 10, iba con su batallón el día 27 por las ásperas barrancadas del Gurugú.

Veía caer en torno suyo jefes, oficiales y soldados. El trance era recio, la situación de nuestras tropas difícil.

Iba el capellán acudiendo á los moribundos y les administraba los últimos auxilios, una palabra de esperanza ó de consuelo, y la absolución.

Y cuando el herido necesita al mismo tiempo que la tranquilidad del alma, la cura del cuerpo, aplicaba la venda, daba el sorbo de agua, cambiaba la posición del cuerpo, confortaba y socorría.

El médico del batallón cayó á tierra, recibiendo una herida gravísima. Desde entonces el capellán Moreno se creyó obligado á substituirle en lo que posible fuese.

El cura se hizo médico, y asombra oír á los soldados el relato de los auxilios científicos que recibieron del esforzado y culto sacerdote.

Pero la Providencia había puesto allí al capellán Moreno para algo más.

En el momento más recio de la lucha un grupo de cazadores de Las Navas acude al capellán Moreno.

—¡Nuestros jefes han muerto ó están heridos—le dicen—;somos noventa soldados que estamos aquí defendiéndonos!... ¿Qué hacemos?

El capellán Moreno estaba entonces confesando á un herido gravísimo, con el escapulario de la Virgen del Carmen en la mano. Concluyó serenamente el sagrado ministerio, y dijo á los muchachos que le rodeaban:

«¿Qué habéis de hacer? Noventa soldados españoles aquí, frente al enemigo, con el honor en riesgo, con nuestros amados jefes cubiertos de sangre, no pueden hacer más que una cosa, que es pelear.

—Eso queremos—gritaron los valientes cazadores—;pero quién nos manda?

—Yo—contestó enérgicamente el capellán.

—¡Viva España! ¡Viva el «páter»!
El capellán Moreno dió las oportunas órdenes á los soldados, y éstos al man-

do del improvisado jefe no solo defendieron aquel rincón del Gurugú, sino que alejaron al enemigo, dando espacio á que llegasen refuerzos que hicieron huir á los rifeños.»

Se ha abierto juicio contradictorio para conceder la cruz de San Fernando al heróico capellán.

Y no se crea que con ser tan admirables estas pruebas de cristiano patriotismo, son cosa de ahora.

Todos nuestros anales de guerra registran hechos tan admirables y heróicos.

El historiador de la guerra de Africa (1859-60), Sr. Ventosa, refiere entre otros muchos episodios, que en la acción del Serrallo (25 de Noviembre), en ocasión de estar auxiliando á un moribundo el capellán de un batallón (no cita nombres), se sintió terriblemente contuso de un tiro de espingarda. Había que defender á los pobres heridos y también la propia vida. La acción era empeñada, y el fuego del enemigo, intenso y á corta distancia. El capellán no vaciló un momento. Dominando sus dolores, cogió la carabina del soldado moribundo á quien auxiliaba, «se la echó á la cara, y dejó tendido al moros agresor, pues le pasó el pecho con la bala.»

¿Y en nuestra historia de la guerra de la Independencia? ¿Y en la de Flandes, contra los herejes? ¿Y en las de Indias? ¿Y en la Reconquista? ¡Habría para llenar un gran libro, relatando no más que las hazañas y actos heróicos de caridad del clero que hoy llamamos Castrense, y nunca faltó en nuestros cristianos ejércitos para servir á Dios y la Patria y compartir con los soldados fatigas y laureles.

Sección Recreativa

Cosas de chiquillos

—Si te pongo tres caramelos en una mano y tres en la otra ¿cuántos caramelos tendrás?

—Muy pocos, papá.

—Con que ya vas á la escuela ¿eh?

—Si, señor.

—¿Y qué haces allí?

—Esperar á que salgamos.

La ley del descanso

Bueno; quedamos en que todos descansan.

Y descansan por la ley religiosa y por la ley física, en la siguiente forma:

Los católicos, descansan el domingo.

Los griegos, el lunes.

Los persas, el martes.

Los asirios, el miércoles.

Los egipcios, el jueves.

Los turcos, el viernes.

Los judíos, el sábado.

Quedan exceptuados de esta ley dos clases de hombres, sean cuales fueren sus ideas religiosas.

Los vagos y los periodistas.